



CAPITULO X

Noticia grave.—Maceo en Cuba.—Partida del general Martínez Campos.—Su embarque en Cadiz para la Gran Antilla.—Conferencia del representante de los Estados Unidos en Madrid con el jefe del Gobierno español.—Encuentro en Socorro.—Muerte del cabecilla Matamoros.—Manifiesto del partido autonomista cubano.—Comentarios de la opinión á un telegrama del general Calleja.—Ataque de los insurrectos al poblado de San Miguel de Nuevitas.—Muerte del cabecilla *Panchin* Varona y su segundo Alvarez.—El sargento Martínez.—Seis héroes y una heroína.—Castelar y el soldado español.



ANTE la gravedad de los despachos telegráficos comunicados por el general Calleja al Gobierno, y confirmados por el cónsul de Costa Rica, participando el temor de que el cabecilla Maceo hubiese conseguido desembarcar en Cuba, reunióse el Consejo de Ministros para tratar de la conveniencia de que el nuevo Gobernador y Capitán general electo de la isla, partiera inmediatamente á posesionarse del mando que se le confiara con la sanción de la Corona, y con la aprobación general y el aplaso unánime de la opinión independiente é imparcial del país.

Consultado el general Martínez Campos y explorado su deseo respecto á la fijación del día para su embarque, un nuevo telegrama del general Calleja, recibido en Madrid el día 2 de Abril, determinó al Consejo y al electo Capitán general de Cuba, á fijar su partida para el siguiente día 3, á fin de embarcar en Cadiz el 4 por la tarde.

El último despacho oficial del Gobernador *dimisionario* de la Gran Antilla, decía así;

«Según alcalde de Baracoa, esta mañana apareció en la playa de Duavas un pailebot extranjero embarrancado, y en Duavas y Toa había gente armada.—*Calleja*.

Este enigmático telegrama-logogrifo de la primera y superior autoridad de la isla, facilitado por el Gobierno á la prensa de Madrid, fué pronto descifrado ó aclarado por ésta, uno de cuyos órganos más autorizados, *El Imparcial*, publicó el mismo día 2 un despacho comunicado por su activo y bien informado corresponsal en la Habana que decía lo siguiente:

«Se teme que el cabecilla Maceo y sus compañeros separatistas hayan logrado trasladarse desde el vapor *Warder* á las costas de la Gran Antilla.

En las playas de Duavas y Toa, próximas á Baracoa y situadas en el Nordeste de la provincia de Santiago de Cuba, se han visto grupos de gente armada.

En la playa de Duavas ha parecido además embarrancado un pailebot extranjero.

Se supone que en dicho barco han sido conducidos los hermanos Maceo, Roloff y Flor Cronwert.

La sospecha está confirmada por el hecho significativo de que muchos separatistas armados se han retirado á la parte montuosa de la provincia de Santiago de Cuba, que hasta ahora había estado libre de insurrectos.»

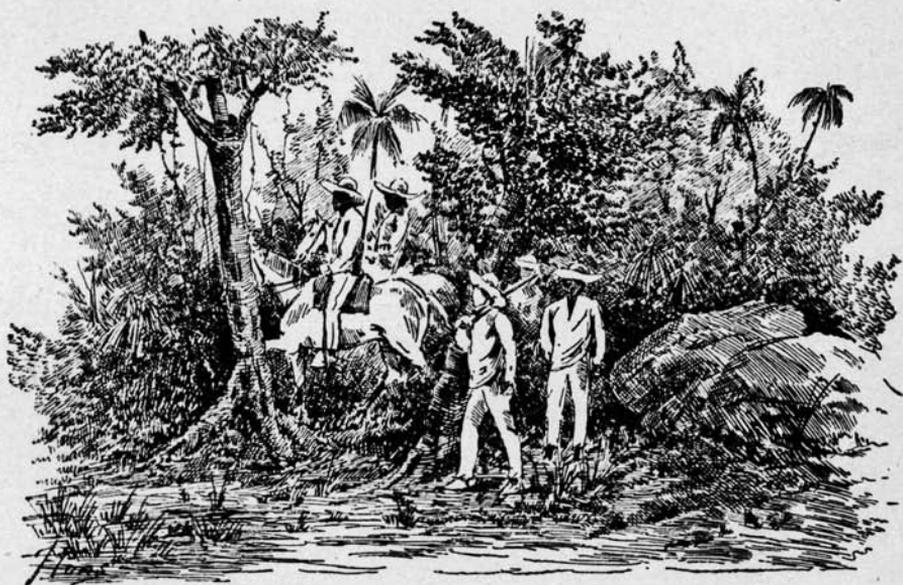
La *Agencia Fabra* comunicó también á los periódicos de su información, otro telegrama de Londres, confirmando la noticia en los siguientes términos:

«Londres.—Los periódicos de esta noche anuncian que el cabecilla Maceo ha logrado desembarcar en Cuba con gran número de partida-

rios, cómo lo prueba el hecho de haber atacado á un convoy español.»

*
*
*

En virtud del acuerdo tomado por el Consejo de Ministros y del asentimiento y conformidad á él prestado por el general Martínez Campos, á las seis horas y veinte minutos de la tarde del día 3 de Abril, salió de Madrid, en el expreso de Andalucía, el electo Capitán general de Cuba.



...y la frondosidad de la manigua donde se refugiaron los rebeldes..... (pág. 126.)

Numerosas representaciones de todas las clases sociales, entre las que no era la menos importante, por el número, la del pueblo madrileño, acudieron á la estación de Atocha á tributar cariñosa despedida al ilustre caudillo de la pasada guerra, en quien miraban todos al nuevo pacificador de la Gran Antilla, á cuyo tacto y pericia militar había

confiado Gobierno y país, el pronto castigo y escarmiento de los rebeldes.

Desde que llegó á la estación hasta la salida del tren, los vivas á España, al general Martinez Campos, á Cuba española, al Ejército es-



CAPITAN GENERAL MARTINEZ CAMPOS

pañol y á la integridad de la patria, se repitieron constantemente y fueron unánimemente contestados.

Momentos antes de ponerse en marcha el tren, el general dió vi-

vas al rey y á la reina, que fueron entusiásticamente contestados por todos los concurrentes, y cuando la máquina dió la señal de partida y comenzó á deslizarse magestuosamente por los rieles, resonaron atoronadores y entusiastas aclamaciones á España y al general Martínez Campos.

Saludaron y despidieron en el andén de la estación al ilustre viajero, en nombre de la Regente, el comandante general de alabarderos, general Alameda; el señor Cánovas con todos los Ministros, á excepción del señor Romero Robledo; el capitán general de Madrid con sus ayudantes y demás autoridades militares y civiles, diputados cubanos y portorriqueños, muchos de la Península; entre los que figuraba el señor Silvela con la plana mayor de la fracción política que acaudilla; el señor Moret con sus amigos, el señor Pidal y otros varios; los duques de Mandas, de Fernán Nuñez y de Sotomayor, el marqués de la Habana con sus ayudantes, los generales Marín, Palacio, Moíño, Polavieja, Cuenca, Martitegui (D. Vicente y D. José), Ortega, Goyeneche, Coig, Santelices, Capdepón, Gamara, Aznar y otros; comisiones de jefes y oficiales de los cuerpos de la guarnición de Madrid, y los agregados militares de las embajadas de Alemania y Portugal, de uniforme.

Con el electo Capitán general y Gobernador de Cuba, marcharon los generales Suarez Valdés y Echagüe y otros jefes y oficiales de infantería y caballería.

* * *

Importantísima y de larga duración fué la conferencia que se celebró aquel mismo día entre el representante de los Estados Unidos en Madrid y el jefe de nuestro Gobierno, señor Cánovas del Castillo.

En ella, el representante de la República norte americana hizo rei-

teradas y formales protestas de los sentimientos de amistad que en su país profesan á España, y de las buenas disposiciones del Gobierno de Washington en favor de nuestros indiscutibles derechos á sofocar, por todos los medios que las leyes nos concedían, la insurrección de Cuba, dando seguridades de que el movimiento separatista no encontraba ni encontraría apoyo en la Gran república, la que por el contrario quería mantener y estrechar sus buenas relaciones con España.

De esta conferencia tuvieron los que conocían bien los términos de ella, una impresión favorable, y el Gobierno dedujo y creyó que el filibusterismo no había de ser alentado en los Estados Unidos.

Los hechos posteriores han venido á demostrar el optimismo de los primeros y la candidez y credulidad de nuestros gobernantes, á la par que la mala fé y arteria de los *yankees*.



En el Consejo de Ministros celebrado en Palacio el día 4, á la hora de costumbre y presidido por la Regente, el Ministro de Ultramar, señor Castellano, se ocupó extensamente de la cuestión de Cuba y salida del general Martínez Campos, y leyó un telegrama del general Calleja en el cual se confirmaba el desembarco de Maceo y su expedición filibustera, que había tenido un encuentro con una de nuestras columnas, con favorable resultado para las tropas.

El telegrama oficial leído por el ministro de Ultramar y comunicado luego á la prensa, decía así:

«Gobernador general al ministro de Ultramar.

Habana, 3, (Recibido el 4).—Del pailebot embarrancado en Duavas desembarcaron 22 hombres, tres de ellos titulados generales, entre quienes suponen están Maceo, Cronwert y Valdés.

Dos marineros del pailebot presos, dicen que los de la expedición mataron al capitán del barco por negarse á arribar al punto deseado. Baracoa puerto tranquilo.

Fuerza 50 hombres alcanzó á la expedición en Duavas haciéndoles bajas y un prisionero. Nuestras tropas tuvieron nueve heridos. La partida diríjese á Cuchillos (Quivicán).

General Lachambre ordenó la salida de fuerzas disponibles. — Calleja.

* * *

A las dos de la tarde del 4, llegó á Cadiz el tren que conducía al nuevo Gobernador general de Cuba.



DON MANUEL BECERRA (ex-ministro de Ultramar)

En el andén de la estación había numerosísimo público y comisiones de todos los centros, que habían acudido á saludar al ilustre viajero, á quien tributaron un entusiasta recibimiento, saludando la llegada del tren con una salva de aplausos y aclamaciones, á la vez que dos compañías de Alava y Pavía, con bandera y música, le hacían los honores de ordenanza.

Acompañado del señor Viesca y del general Fernández Rodas, el señor Martínez Campos, seguido de numerosa comitiva, se trasladó en un *landau* á la Catedral, donde fué recibido por el ilustre prelado de la diócesis y alto clero, y se cantó un solemne *Te-Deum*.

Las calles y balcones de la carrera, á pesar de que caía una lluvia

torrencial, estaban atestados de gente ansiosa de saludar y despedir al general, á cuyo paso le aclamaron con vivas á España y al pacificador de Cuba.

A las cuatro dirigióse el ilustre viajero, acompañado de numeroso séquito, al muelle, para embarcar en el trasatlántico *Reina Cristina* en el que debía hacer la travesía á la Gran Antilla.

Al trasladarse al muelle se repitieron las manifestaciones de entusiasmo, escuchándose nuevos y atronadores vivas al Capitán general de Cuba y al ejército español, y en el momento del embarque se hicieron salvas y dejóse oír un repique general de campanas.

Al zarpar de la bahía de Cádiz el magnífico trasatlántico, el numeroso público que desde el muelle presenciaba su partida, vitoreó de nuevo al ilustre viajero, atronando los aires con sus gritos y vivas, que eran correspondidos por los de á bordo y contestados por la sirena del vapor.

Cuando el general se dirigió al muelle, una elegante y hermosa dama sevillana, destacándose de entre la multitud, acercose al ilustre cauñillo y puso en sus manos una magnífica corona, en nombre del pueblo español.

El general, muy emocionado, aceptó y agradeció el homenaje dando un viva á España, que fué contestado y aplaudido por la inmensa muchedumbre que lo escuchó.

*
* *
*

El día 6 se recibió un telegrama particular de la isla, dando cuenta de haberse librado una importante acción entre las tropas españolas y la partida de insurrectos mandada por el cabecilla Matamoros.

Según el telegrama, el encuentro entre las fuerzas leales y las re-

beldes había ocurrido en el distrito de Socorro, y en él, después de una empeñada lucha en la que nuestros valientes soldados demostraron una vez más su valor y arrojo, su serenidad y empuje, quedaron derrotados los insurrectos y muerto su jefe.

Añadía el despacho, que el general Calleja había prohibido la celebración de *meetings* masónicos en la Habana, mientras duraran las actuales circunstancias.

Y que la embarcación en que llegó Maceo á Cuba y cuyo capitán fué asesinado por los expedicionarios, era una goleta inglesa nombrada *Honor*.

En otro telegrama, que el mismo día recibió el señor Labra, del presidente de la junta central del partido autonomista en Cuba, comuicaba el señor Galvez al jefe de la minoría parlamentaria del partido cubano, que la junta central había aprobado unánime la conducta de la minoría en las Cortes, otorgándole un voto de gracias.

Ratificaba la condenación resuelta del movimiento insurreccional, y le rogaba ofreciera al Gobierno el concurso decidido y sincero del partido para la pacificación del departamento Oriental, levantado en armas contra la Madre patria, y su incondicional apoyo para el planteamiento de las reformas antillanas aprobadas por las Cortes.

Estos patrióticos acuerdos de la junta central del partido autonomista cubano fueron consignados y se hicieron públicos en el manifiesto que dirigió al país.

En ese importantísimo documento, escrito con gran virilidad de tonos, gran altura de miras y un acendrado amor á España, se condenaba de la manera más rotunda y enérgica la insurrección.

«Nuestro partido—decía uno de los párrafos más importantes del manifiesto—es fundamentalmente español porque es también esencial y exclusivamente autonomista, y la autonomía colonial parte de la realidad de la colonia, cuyos fines, necesidades y peculiares exigencias

presupone también la realidad de la Metrópoli en la plenitud de su soberanía y derechos históricos; por eso desde que nació el partido inscribió en su bandera los lemas *Libertad por la unidad nacional y para la unidad nacional*, no consintiendo jamás, sino estimándolo como injurias de enemigo, rechazadas siempre con indignación, que dudasen de la sinceridad de la adhesión á esos lemas que juntos constituyen un programa, y tan estrechamente unidos, que no pueden separarse sin hacerse pedazos.»

Y terminaba el patriótico manifiesto del partido autonomista cubano, diciendo:

«El partido autonomista no cederá el campo á quienes vienen á malograr trabajosas cosechas, arruinando la tierra, nublando nuestros destinos con los horribles espectros de la miseria, de la anarquía y de la barbarie.»



Motivo de alarma y objeto de muchos comentarios, por la gravedad de las noticias que entrañaba y la significación y alcance que tenía, fué el telegrama oficial que el Gobierno recibió el día 7 del capitán general dimisionario de la Gran Antilla.

Decía así el despacho de referencia.

«Habana 7.—Gobernador general al Ministro de Ultramar.

General Lachambre me telegrafía que fué rechazado por pequeña guarnición y voluntarios un ataque intentado por una partida, á la que causaron un muerto y varios heridos.

También cogieron al enemigo armas y bagajes abandonados, siendo excelente el espíritu de las tropas, voluntarios y pueblo.

Confírmase, además, que ha muerto el jefe de la partida.

Fuerzas mandadas por el general Salcejo que perseguían á las partidas de la jurisdicción de Holguín; las han alcanzado y batido, causándoles bajas numerosas, muertos y heridos, teniendo nosotros dos muertos y pocos heridos.

Las partidas volantes desde Guaimaro desmienten que existan partidas de 700 hombres en Zanjón (Camaguey).

He tenido conocimiento de que se preparaba levantamiento de una



COMBATE DE SOLÍS

partida en Jaruco, provincia de la Habana, que se proponía proteger desembarco.

Han sido presos *veintiseis* comprometidos, once de los cuales estaban ya en camino, *habiendo salido de la Habana*. Extremo vigilancia y represión, estando dispuestas fuerzas para reprimirlas en puntos sospechosos. De los presos, los más significados, los mandaré por el correo del 10 para Cádiz, con destino á Ceuta.— *Calleja.*»



Como se vé, y no dejará de notarse por nuestros lectores, el despacho del Gobernador general de Cuba contenía no pocas ambigüedades y falta de datos, que motivaron muchos comentarios y tristes deducciones en la opinión.

En primer lugar, de la primera parte del telegrama se deducía, que los insurrectos habían atacado un poblado, cuyo nombre no se expresaba, y que en la defensa había tomado parte el pueblo, cuyo espíritu, así como el de los soldados y voluntarios, era excelente, añadiendo que se había confirmado, además, haber muerto en el ataque el jefe de la partida, pero sin consignar quien fuese.

Nadie se explicó la deficiencia de detalles que acusaba el parte oficial, signo evidente de la falta de información; en cambio, en todos los ánimos causó penosísima impresión la grave noticia de que los insurrectos, no sólo se atrevían ya á acercarse á los poblados que sabían estaban guarnecidos por nuestras tropas, si no que *los atacaban* con empeño y denuedo, como lo probaba la muerte del jefe de la partida, es decir, que no se constreñían ya á la manigua y á merodear por las *sitierias*, rehuyendo todo encuentro con nuestras columnas y dispersándose sin entablar combate, como hasta entonces habían venido diciéndonos todos los partes oficiales, sino que bajaban al llano y tomaban la ofensiva.

En cuanto á que el *espíritu* de los tropas, voluntarios y pueblo *había sido excelente*, nadie se explicó lo que con ello había querido decir el general Calleja, pues hasta entonces nadie había dudado ni un momento de que el espíritu del soldado hubiese dejado de ser leal y animoso, patriótico y disciplinado.

Mayor aún y más penosa fué la impresión que produjo en todos los españoles la segunda parte del despacho, pues ella demostraba de modo evidente y con la indestructible lógica de los hechos, que el país no sólo simpatizaba con los insurrectos, sino que respondía al movi-

miento insurreccional, que se había extendido y tenido eco en la provincia de la Habana, y cuyo levantamiento se había fraguado en la misma capital en inteligencia con otros elementos de fuera de la isla, de quienes esperaban apoyo y recursos, como lo demostraba el objeto que los conspiradores y rebeldes se proponían, al levantar la partida en Jaruco, de proteger un desembarco.

El telegrama del capitán general dimisionario de la Gran Antilla, fué también extensamente comentado por los Ministros, reunidos en Consejo el día 8, acordándose en vista de la gravedad de la noticia comunicada por aquella superior autoridad de la isla, publicar al día siguiente en la *Gaceta de Madrid*, un decreto en el que se dispusiera que, prescindiendo de todas las formalidades de toma de posesión, el general Martínez Campos *fuese de hecho* gobernador general de Cuba y general en jefe del ejército de operaciones en el momento mismo en que desembarcara en cualquier punto de la Gran Antilla,

El Ministro de Ultramar comunicó enseguida por los hilos cablegráficos la parte dispositiva del decreto á la Habana y Puerto Rico, para que el general Martínez Campos conociese el acuerdo del Consejo de Ministros tan pronto llegara á este puerto.

¡Tanta era la fé y confianza que tenía el Gobierno en la gestión del electo Gobernador general de Cuba!

* * *

Importante y digno de consignarse en letras de molde, para perpetuar su recuerdo y enaltecer la memoria de los que resultaron héroes, fué el brillante hecho de armas ocurrido en el Camagüey, el día 8 de Abril.

El Camagüey, cuya decisión de no tomar parte en aventuras re-

volucionarias nadie que procediese de buena fe podía poner en tela de juicio, vió invadido su territorio, á principios del mes de Abril, por elementos extraños procedentes de la parte oriental de la isla, que fueron á probar fortuna á aquella provincia.

El día 8 á las cinco de la tarde, cuarenta y ocho ginetes casi todos blancos, al mando del cabecilla Francisco Varona Tornet (Panchín), quien portaba machete de cruz y revolver, y cuarenta y cinco de aquellos armados de tercerolas Remington y dos de escopetas, llevando todos además, machete de media cinta, atacaron el poblado de San Miguel de Nuevitas.

A los gritos de ¡viva Cuba libre! entró la partida de insurrectos por la calle de Chiclana, dirigiéndose al cuartel de la guardia civil.

El puesto se componía de cuatro guardias á las órdenes del sargento Hermenegildo Martínez, el cual, al verse tan imprevistamente sorprendido por los insurrectos, sin arredrarse ante la fuerza numérica del enemigo, cerró la puerta del cuartel y desde la ventana rompió fuego de revolver contra ellos, secundado por sus cuatro compañeros y por su animosa mujer y su valiente hijo; niño de once años, los cuales se colocaron á su lado, cada uno con un arma, diciendo la primera con ánimo resuelto y un valor incomprensible en una débil mujer:

—«A tí no te matarán solo.»

A los cinco minutos el fuego de los insurrectos se hizo horroroso; las balas penetraban por las ventanas como si fuesen arrojadas á puñados por cien manos de titanes.

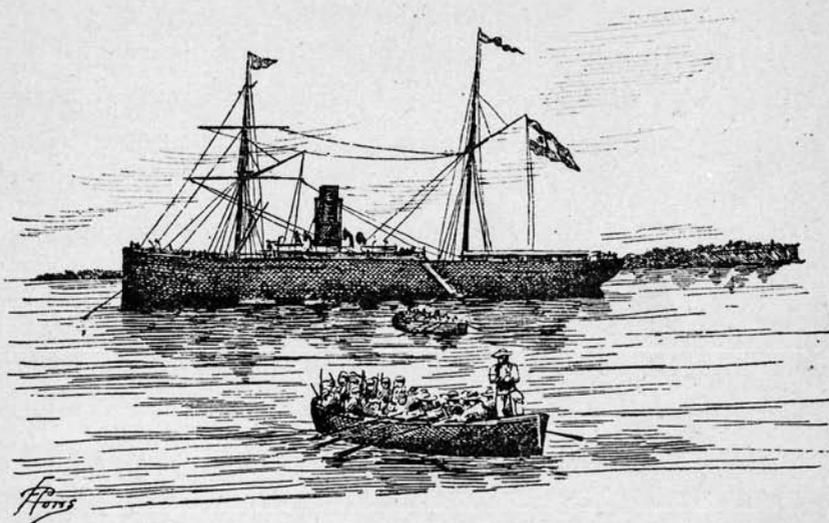
Al mismo tiempo, los gritos de ¡viva Cuba libre! de los separatistas atronaban el espacio, y llevados por el viento penetraban por el hueco de la ventana y resonaban en la estancia, ensordeciendo los oídos de los que la ocupaban.

El grito faccioso de los rebeldes era contestado por los guardias

con el patriótico de ¡viva España! á la vez que sin dar paz á las manos hacían vomitar mortífero plomo á los cañones de sus fusiles.

Rosario Ibañez, la animosa esposa del sargento Martinez, presa del mayor entusiasmo, enardecida por el olor de la pólvora é impulsada por su acendrado amor hacia el compañero de su vida, se apoderó de un machete y colocóse al lado de su marido dispuesta á defender su preciosa vida ó á vengarla y hacerla pagar cara á sus enemigos, caso de ocurrir una desgracia.

El pequeño José Martinez, al ver á su madre machete en mano



DESEMBARQUE DE TROPAS EN GUANTÁNAMO

junto al autor de sus días, quiso imitarla, y con desconocimiento completo del peligro que corría, dirigióse al armero, y subiéndose á una silla para poder dar alcance á una de las armas que lo guarnecían, alcanzó con sus flébiles y diminutas manos una carabina, y, convulso, agitado, y despidiendo sus ojos chispas del ardor bélico y amor filial que ardía en su pecho, dirigióse resuelto y animoso á la ventana, y colocándose junto á su padre, al lado opuesto del que ocupaba su madre,

comenzó á disparar su arma contra los que instintivamente comprendía pretendían matar á sus queridos padres, privándole de su cariño y apoyo y sumiéndole en la más horrible horfandad.

—¡Quitarse de aquí!... ¡Meterse dentro!... ¡Esconderse!...—gritó Martínez al percibir á su mujer y su hijo junto á sí, y comprender el peligro que corrían.

—¡No, no!—respondióle Rosario con voz entera y acento firme y decidido—¡No te han de matar á tí solo!

*
* *
*

El fuego arreciaba cada vez más, y los seis guardias, puesto que como á uno de tantos debemos considerar al niño José Martínez, se defendían como españoles.

Las descargas se sucedían unas á otras sin solución de continuidad, mezcladas con el infernal griterío de los insurrectos, que atronaban los aires con sus vivas á Cuba libre, los cuales eran contestados por los guardias con otros á España y á Cuba Española, al propio tiempo que hacían tantos y tan certeros disparos que mantenían á raya á sus enemigos.

Uno de los primeros que sintió los efectos del plomo que tan certeramente vomitaban los fusiles de nuestros valientes guardias fué el cabecilla *Panchin*, á quien uno de los disparos del valiente sargento le hizo morder la tierra y rodar por el suelo envuelto entre la polvareda y el humo, atravesado el pecho por un balazo que tiñó de roja sangre la pechera de su camisa.

La muerte de su jefe exasperó á los rebeldes, que ansiosos de vengarla continuaron la terrible lucha decididos á tomar por asalto el cuartel y pasar á cuchillo á sus irrendibles defensores.

Obedeciendo á las órdenes que les comunicaba su segundo jefe, que se había hecho cargo del mando de la partida en sustitución de Varona, vióse á los mambises agruparse en montón y dirigirse á la puerta del cuartel, resueltos á penetrar por ella en la casa y copar á su exigua guarnición.

—¡Estamos perdidos!—exclamó entonces el sargento Martínez, al observar que la puerta estaba abierta por haber cedido á la nube de balas que sobre ella habían disparado los insurrectos, ó por efecto de la precipitación con que él la había cerrado.—Van á entrar por esa puerta y no hay quien pueda cerrarla, porque el pretenderlo sería exponer inútilmente su vida. Yo no puedo abandonar mi puesto porque ellos se acercan. ¡Vedlos aquí ya! ¡Maldición! ¡Vamos á ser copados!

—¡Animo y á ellos!—gritó la mujer, animando á su esposo.

—¡Fuego!—voceó á sus compañeros, Hermenegildo.

Una nutrida y estruendosa descarga cerrada de los seis guardias hizo detener en su marcha y vacilar en su propósito al grupo de insurrectos que se dirigía á la puerta.

Aprovechando aquel momento de vacilación del enemigo, la animosa y valiente Rosario lanzóse con heroica resolución machete en mano á la puerta, y la cerró de golpe.

¡Estaban salvados!

Un entusiástico ¡bravo por nuestra salvadora! salió de los labios de los cuatro guardias, en premio al acto de temerario arrojo y de heroísmo de la digna émula de Agustina de Aragón.

Rosario, rojas sus mejillas por el rubor que le causara aquel grito de alabanza y emulación, gritó enardecida por el triunfo conseguido y la satisfacción que en su alma sentía.

—¡Viva España!—y tornó á colocarse junto á su esposo, serena y resuelta á exponer de nuevo su vida cuántas veces fuera preciso para salvar la de su marido y su querido hijo; de aquellos dos seres por ella tan amados.

Ya los insurrectos carecían de otro medio para penetrar en el cuartel, que el asalto por la ventana, ocupada y defendida por los valerosos guardias.

El niño José Martínez había disparado ya doce veces su carabina contra los mambises, dando con su vocecita infantil un ¡viva España! cada vez que el tiro salía del arma.

* * *

La herida del jefe desconcertó algo á los de su banda, y la heroica resistencia de aquel puñado de valientes les hizo vacilar en su acometida empresa más de una vez; pero no por eso se retiraban ni desistían de su empeño.

La tenaz é inaudita resistencia de aquellos siete héroes les exacerbaba y enfurecía más y más, al verse impotentes á pesar de una lucha tan desigual.

Alentados por el segundo de la partida, Felipe Alvarez, cargaron con más furia, logrando llegar hasta la misma ventana.

Era preciso el último esfuerzo por parte de los atacados.

Martínez dejó entonces aproximarse hasta el hueco de la ventana á uno de los insurrectos.

Era un Hércules, de cara bronceada y descompuesta por el furor, el odio y la rabia, y con una musculatura de atleta.

Dejóle llegar á la ventana, y al apoyarse en el marco para saltar á la estancia, disparó contra él su revolver, con tan buen acierto, al propio tiempo que su mujer le asestaba tan terrible golpe de machete en la cabeza, que el *mambí* cayó exánime al suelo como herido por un rayo.

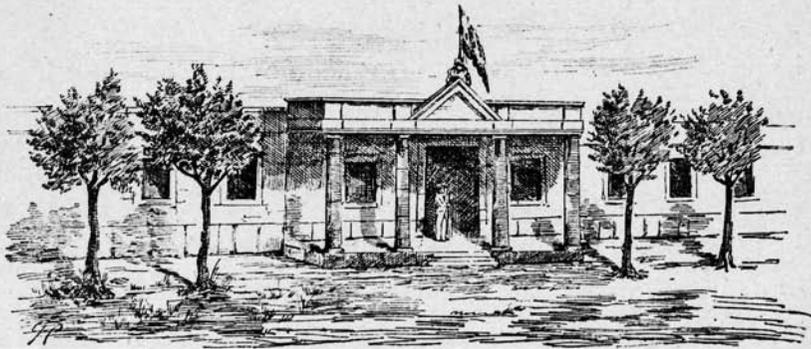
Un enérgico ¡viva España! acompañado de una descarga cerrada

resonó en la habitación ocupada por los guardias, que fué contestado por los insurrectos con un atronador grito de ¡viva Cuba libre!

Inmediatamente después vióse á estos recoger y retirar del campo de batalla á un nuevo herido; era, según luego se supo, el segundo de *Panchín*, Felipe Alvarez.

Muerto el jefe y herido su segundo, desconcertóse el enemigo, y desistiendo de su empresa comenzó á retirarse por el camino de Bagá.

—¡A ellos! ¡Viva España! ¡Mueran los bandidos!—gritó entonces Rosario, alentando á sus compañeros á perseguir á los que se retiraban.



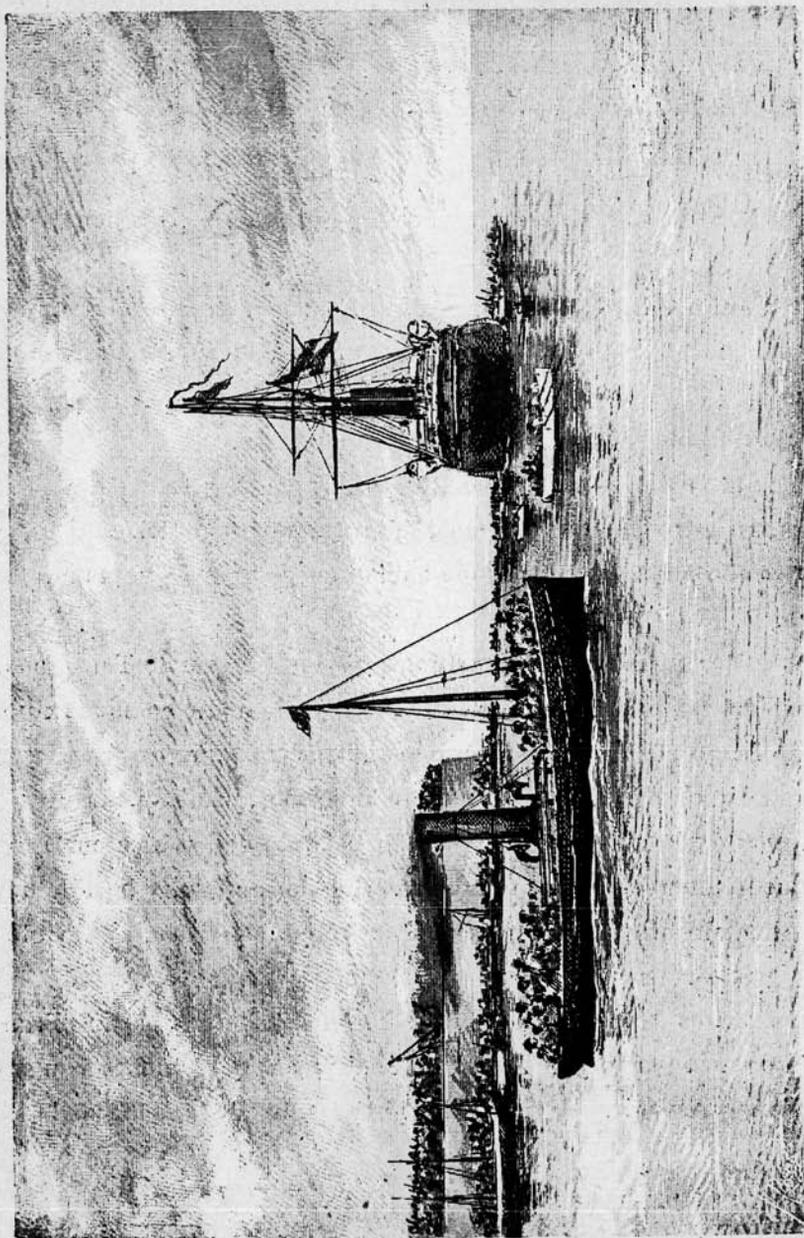
HOSPITAL MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA

De pronto vióse palidecer el semblante de Rosario y pintarse el terror en el rostro de Martinez.

Era que al buscar con la mirada á su hijo, al sér de su sér, no lo habían visto; el niño había desaparecido de junto á ellos, y la densa capa de humo que flotaba en la atmósfera de la habitación les impedía ver á una distancia de dos pasos.

Un pensamiento horrible cruzó por la mente de los esposos, y una angustiada mirada cruzaron sus ojos.

Y descompuestos, locos, fuera de sí, arrojaron las armas y se lanzaron en busca del sér amado.



EMBARQUE Y DESPEDIDA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS EN EL PUERTO DE CADIZ

—¡Mi hijo! ¿Donde está mi hijo?—gritó con angustiado acento la infeliz Rosario.

—¡Aquí, madre!—contestó el muchacho saliendo al encuentro de su padre y arrojándose en sus brazos.

—¡Hijo mío! — exclamó con indefinible acento el conturbado Martínez estrechando contra su pecho al pequeño—¡Nos hemos salvado!

Y pasando al hijo á los brazos de su madre, se dirigió á abrir la puerta del cuartel; pero los insurrectos continuaban aún acribillándola á balazos.

—¿Por donde salir?—preguntó Hermenegildo.

—Por la ventana—contestóle Rosario.

Mas, un grito de ¡viva Español que resonó fuera del edificio, y fué contestado por los guardias que habían quedado en la ventana, les contuvo.

Era un destacamento de veinte hombres del batallón de Tarragona, al mando del teniente Padilla, que llegaba rápidamente en su auxilio, haciendo fuego por descargas sobre los insurrectos, que emprendieron la fuga en dirección á Bagá, abandonando heridos, armas y caballos.

La guarnición no tuvo que lamentar baja alguna, si bien en la refriega quedó muerta una pobre mujer vecina del pueblo, y herida una infeliz niña, sin que se pudiera averiguar cómo ocurrieron estas dolorosas desgracias.

Los disparos de la guardia civil mataron al jefe de la partida Francisco Varona, conocido por *Panchin*, é hirieron gravemente á su segundo Felipe Alvarez, el cual falleció á las dos de la madrugada siguiente.

El ataque duró hasta las seis de la tarde.

El pueblo todo elogió la conducta y el valor del sargento y los guardias; pero llegó al colmo el elogio al considerar el valor heroico

de aquella mujer y aquel niño, que combatieron cuerpo á cuerpo con los insurrectos.

Panchin, cuyo cadáver abandonaron los suyos en su fuga, tenía una muñeca rota y atravesado el pecho de un balazo.

Alvarez, su segundo, que fué encontrado herido y recogido por nuestras tropas en el lugar del combate, murió á consecuencia de un balazo en el estómago.

La partida procedía de las Tunas y estaba compuesta de gente joven, en número de cincuenta hombres mandados por Varona y un tal Brito, en su mayoría blancos, con algunos de color, entre los que figuraban Felipe Aday que salió también herido y murió al día siguiente.

Según nuestros comprobados informes, la partida procedente de las Tunas, fué al Camagüey con el intento de apoderarse por sorpresa de algunos pequeños destacamentos, para proveerse de fusiles y cápsulas con que armará los insurrectos de aquella jurisdicción, que carecían de armas de fuego y de parque.

Al no lograr su objeto y verse sin jefe y rechazados por el país, del que tal vez imaginaron recibir apoyo, los audaces aventureros emprendieron desde luego viaje de retorno hacia las Tunas.

En su retirada se les vió llevar un herido atravesado en un caballo y otro con un brazo roto.

*
* *
*

Retirados los insurrectos, uniéronse á la pequeña columna del teniente Padilla los cinco guardias y salieron en su persecución.

La animosa Rosario y el intrépido niño José, no quisieron separarse de su esposo y padre respectivo, y formaron también parte de la co-

lumna, siendo aclamados á su paso por las calles del pueblo por todos sus habitantes.

Creemos un acto de justicia y un deber en nosotros, completar la narración de un hecho tan glorioso para España y tan honroso para los que lo llevaron á cabo, dedicando algunas líneas á los héroes de Nuevitas.

El sargento Hermenegildo Martínez, jefe del destacamento encargado de la custodia de la casa-cuartel de la guardia civil del poblado de San Miguel de Nuevitas, era un hombre de unos cuarenta años de edad, alto, fornido, de atezado y simpático rostro, delgado y nervioso, pero de fuerzas atléticas. Llevaba ya algún tiempo, cuando ocurrió el hecho que dejamos narrado, al frente de los cuatro guardias que con él y á sus órdenes formaban la guarnición de San Miguel.



DON SEGUNDO ALVAREZ

Uno de los prohombres del partido autonomista

La gente que habitaba el poblado era pacífica, y rara vez turbaba la tranquilidad y el reposo que en aquel desierto se disfrutaba.

Las primeras noticias de la fratricida guerra le hicieron pensar mucho en su situación y en los escasos medios de que disponía, caso de ser un día atacado por los insurrectos el cuartel; pero en su corazón español no se había albergado nunca el miedo; palabra cuyo significado y sentido ignoraba Martínez.

Si alguna vez sus compañeros le advertían el peligro en que se hallaban cinco hombres solos en medio de un desierto, y sin medios de defensa, ni esperanzas de auxilio, el intrépido sargento les contestaba:

—No hay que pensar en el peligro á que se está expuesto, cuando uno tiene un deber sagrado é ineludible que cumplir y ha prestado un juramento, que no puede romper ni á él faltar ningún hombre de honor, mientras vista el honroso uniforme que la madre patria nos entregó, y pueda empuñar el arma que nos confiara para defenderla. Cierto es que, ante una fuerza superior veinte veces en número, no quedaría otro remedio que sucumbir, pero haciendo pagar caras nuestras vidas, pensando que nuestra querida España nos contempla y nos anima á luchar por su honor, que es el nuestro, y por sus derechos que estamos obligados á defender hasta morir.

Con un jefe que así hablaba y respondía á las advertencias de sus subordinados y compañeros, ¿qué extraño que en la tarde del 8 de Abril ocurriera el heroico y memorable hecho que dejamos narrado?

¡Estaba previsto!

.....

Rosario Ibañez, la esposa del sargento Martinez, la heroína de San Miguel de Nuevitas, era una joven de unos veintiseis años de edad, de rostro agraciado y simpática figura, esbelta y delicada como una flor, pero con un corazón de española, todo amor hácia su querida patria, todo cariño hácia el hombre que la hiciera su compañera ante el altar y hacia el fruto de su unión conyugal.

Como buena española, era animosa y ocurrente, y como todas hacendosa, pues lo mismo cuidaba á su chiquillo á la vez que atendía á los quehaceres domésticos, que blandía el machete para abrirse paso por el bosque en busca de leña seca para el hogar.

De carácter amable y jovial, nunca le faltaba un chiste ó una *salida* para una situación apurada, y cuando oía hablar á los compañeros de

su esposo de los peligros á que se hallaban expuestos en medio de aquel desierto, les interrumpía diciendo con dulce sonrisa en sus labios:

—¡Quién dijo miedo, compañeros! Que vengan, que yo les prometo no les quedarán ganas de volver.

Y así fué.

El niño José Martínez, hijo del matrimonio, era un muchacho de once años, con corazón de hombre, listo y travieso, y muy aficionado á jugar á los soldados.

Ya hemos visto que como un verdadero soldado español se portó en la memorable tarde tantas veces mencionada.

* * *

El heroico comportamiento y la defensa épica de los cinco guardias que componían el destacamento del poblado de San Miguel de Nuevitas, fué premiado por el general en jefe del ejército de Cuba, concediendo el empleo inmediato al bravo sargento Martínez, y una cruz pensionada á cada uno de sus valientes compañeros, cuyos nombres deploramos no conocer para consignarlos aquí y perpetuar su recuerdo.

¿Qué recompensa obtuvo la heroína de la jornada, la animosa Rosario?

La admiración de toda la Europa y de las Américas, y el aplauso unánime de todos sus compatriotas, en cuya memoria perdurará imborrable su glorioso recuerdo y su inolvidable nombre, que grabado quedará en las páginas de la historia patria, y esculpido quedó con indelebles caracteres en el pecho de todo español.

¡Gloria y loor eternos á los héroes que tan alto supieron poner el nombre de España y su gloriosa enseña, dando edificante ejemplo al mundo entero de su amor pátrio, y de cómo sabe cumplir y cumple siempre sus deberes el pundonoroso, indomable é indómito soldado español!

Creemos oportuno, antes de poner punto final á este capítulo, con-



CABECILLA CARLOS ROLOFF (*polaco*).

signar y dar á conocer á nuestros queridos lectores, la opinión que al primero de nuestros oradores, el ilustre historiador Castelar, merece el soldado español, honra y gloria de su patria.

«...Gambetta decía que lo mejor de Francia era el ejército, y yo afirmo que el ejército es lo mejor de España. Quien lo dude, vea cómo lucha en todas partes con el valor de los héroes y muere con la resignación de los mártires.

Nuestro soldado es tan sobrio como valiente; sus virtudes militares y cívicas no tienen igual ni admiten cuenta. Resistente y sólido á semejanza de los ingleses, impetuoso y atrevido como los franceses, en la montaña ágil como los albaneses ó los griegos, firme en las llanuras como los austriacos, el soldado español reúne todas las buenas cuali-

dades de los de las demás naciones, sin tener ninguno de sus defectos.

Sube al asalto como no suben más que los españoles; atraviesa como el árabe los desiertos de Libia, sin sentir fatiga; corre como los gauchos, en bandas invisibles, la pradera y las selvas de los trópicos, sin sucumbir al calor; presto á vivir bajo el cielo helado de Suecia, como en tiempo del marqués de la Romana, y á respirar el aire envenenado de Indo China, como en las campañas triunfales de Mindanao y de Joló.

Ejército sublime, que ha tenido victorias como la de Bailén, levantamientos como el del 2 de Mayo, sitios como los de Gerona y Zaragoza, combates como los del Bruch, que recuerda la defensa del paso de las Termópilas; que nos ha conservado la patria intacta en la guerra de la Independencia, el derecho moderno en la sangrienta guerra civil de los siete años y en la fecunda revolución de Septiembre, la integridad territorial de las Antillas, y hoy mismo nos garantiza la paz y nos asegura el ejercicio cotidiano y tranquilo de nuestros conquistados derechos.

Estas cualidades y virtudes nativas de nuestro ejército, hacen que él sea lo mejor de España, y que como él no haya otro en el mundo.»

